

Lecciones aprendidas de la Guerra de la Independencia sobre guerra anti-insurreccional

LEMA: Espoz y Mina

España fue el primer país civilizado que empleó la “guerra de guerrillas” a gran escala, obteniendo con ello un resultado estratégico de primer orden. La guerra partisana siguió siendo eficaz incluso contra ejércitos modernos, tal como se puso de relieve el siglo pasado durante la Segunda Guerra Mundial, en las guerras de descolonización y en Vietnam; y en la actualidad se sigue demostrando en Irak y Afganistán.

La Guerra de la Independencia es un ejemplo paradigmático de guerra con un componente esencial de lucha insurreccional por las siguientes razones:

1) Porque se produjo en un enfrentamiento donde el adversario era un gigante militar. Las fuerzas convencionales, tanto españolas como aliadas, eran abrumadoramente inferiores a su oponente imperial y las fuerzas insurrectas tuvieron que compensar la debilidad convencional. La supremacía militar de Napoleón sobre la Europa continental no tenía precedentes desde la caída del Imperio Romano. Napoleón, tras la firma del tratado de Tilsit (julio de 1807), se encontraba en el apogeo de su poder habiendo vencido en los años anteriores a poderosísimas coaliciones. Parecía que ninguna fuerza militar terrestre pudiera oponerse a sus designios estratégicos.

2) Porque la lucha se prolongó a lo largo de seis años y se combatió en circunstancias muy distintas según los momentos y lugares donde ésta se desarrolló, lo que permite un análisis muy pormenorizado del fenómeno.

3) Porque en aquella época todavía no se habían desarrollado armas y explosivos que permitieran hacer grandes daños con pequeños esfuerzos, como ocurriría posteriormente. La guerra insurreccional requería mayor empeño y riesgo y ésta se dio, por tanto, en un estado más primigenio, intenso y con sus componentes muy definidos.

De estas características de la Guerra de la Independencia se deriva la importancia de las lecciones aprendidas que se pueden obtener de este complejo conflicto bélico; de ahí también el hecho de que esta guerra peninsular haya servido de ejemplo para muchos conflictos posteriores y de inspiración para importantes líderes insurreccionales como Carlos Marx, Mao...

Al contrario de lo que se suele creer, la estrategia napoleónica en la Península tuvo un importante componente anti-insurreccional; pero dicho componente se fue integrando en el diseño estratégico general: solo de forma progresiva, siempre con retraso y sin prestar la suficiente atención a su aspecto político esencial.

No obstante, el Emperador estuvo muy ceca de obtener el sometimiento de los españoles: las energías físicas, morales y psicológicas de la resistencia patriótica estuvieron muy cerca del colapso.

El hecho de que Napoleón no reconociera a tiempo la importancia de la participación popular y del consiguiente componente insurreccional frente a su

estrategia militar y diplomática en la Guerra de la Independencia fue la razón principal de su derrota en España y del posterior hundimiento de su imperio. Según el conde de Las Cases así lo reconoció el mismo Napoleón en Santa Elena: “Lo admito, empecé el asunto con el pie equivocado (...) la guerra de España ha sido una verdadera llaga, la causa primera de las desgracias de Francia (...) después de mis conferencias de Erfurt con Alejandro, Inglaterra debía estar obligada a la paz por la fuerza de las armas o por la razón. La Isla se encontraba perdida, desconsiderada en el Continente, su asunto de Copenhague había revuelto todos los espíritus y yo disfrutaba en ese momento de todas las ventajas contrarias, cuando ese desgraciado asunto de España vino súbitamente a cambiar la opinión contra mí y rehabilitó a Inglaterra. La Isla pudo a partir de entonces continuar la guerra, los mercados de la América meridional le fueron abiertos, ella se hizo un ejército en la Península, y de allí se ha convertido en el agente victorioso, el nudo invencible de todas las intrigas que se han podido formar en el Continente. Eso es lo que me ha perdido” i

Este trabajo presenta la evolución de la dimensión insurreccional y anti-insurreccional de la Guerra de la Independencia, incluyendo la fase preliminar de la Invasión de Portugal por Junot, (1807-14) y su repercusión tanto en el desarrollo general de dicha guerra como en la estrategia napoleónica global, para poder de esa manera extraer las lecciones aprendidas, tanto del ámbito estratégico como operativo.

Para dicho objeto conviene dividir la Guerra Peninsular en ocho fases, en función de los diferentes enfoques de la estrategia anti-insurreccional napoleónica.

Primera fase (mapa 1):

Cuando las tropas de Junot invadieron Portugal en Noviembre de 1807, éstas no encontraron oposición alguna y la llegada de una fuerza de vanguardia fue suficiente para conquistar la capital, Lisboa. La familia real y los notables del país acababan de embarcarse rumbo a Brasil. El prestigio del Emperador y de su invencible ejército le había entregado un nuevo reino. En esta campaña no ocurrió nada relacionado con la insurrección.

La conquista de Portugal fue incluso más fácil que ninguno de los escenarios previstos por Napoleón, lo que le hizo pensar que la incorporación del reino de España a su imperio pudiera ser otra empresa sencilla. Pronto se puso de manifiesto que no solo el reino vecino sino también España eran objeto de su deseo.

Segunda fase (mapa 2):

Aunque es difícil determinar el momento en que Napoleón tomó la decisión de adueñarse del reino de España, lo que sí es evidente es que no tenía prevista una guerra de conquista como en las campañas anteriores. España debía ser dominada por medios políticos; su ejército debía jugar solamente un papel de apoyo (chantaje) al ocupar las fortalezas fronterizas, la ruta principal de acceso y la capital. Por dicho motivo no se había diseñado una estrategia anti-insurreccional y el ejército que fue enviado a España era solo de una calidad militar secundaria. En el caso de que se produjera una revuelta popular, como ya había ocurrido en Italia, Egipto e incluso en Francia (en las revueltas de la Vendée), se debía emplear el mismo procedimiento de represión inmediata y brutal y medidas ejemplarizantes. Su valiente y ostentoso

cuñado Murat parecía el hombre apropiado para impresionar a los españoles y actuar de forma implacable si la situación lo exigía.

Tras los sucesos del Dos de Mayo (mapa 3) la situación evolucionó de forma imprevista, dando lugar a una revuelta generalizada. En tres semanas toda España, excepto los lugares con presencia militar francesa, se había sublevado contra el invasor y contra las autoridades españolas que no hacían nada para impedir que una nación aliada se hiciera con malas artes con el dominio de España. A lo largo del verano la rebelión fue dando lugar a un levantamiento insurreccional. La humillante derrota de Dupont en Bailén (19 de julio de 1808) puso en serios apuros a las fuerzas imperiales en España y toda Europa contemplaba atónita el primer serio traspié de los ejércitos napoleónicos en el continente. El rey José, llevado por el pánico, ordenó inmediatamente que se abandonara Madrid y que las tropas imperiales se retiraran detrás del Ebro. Junot, aislado en Portugal (mapa 4), se convirtió en una presa fácil para las tropas británicas que desembarcaron en la bahía de Mondego (al norte de Lisboa) durante la primera semana de Agosto.

No solo había quedado dañado el mito de invencibilidad de sus ejércitos, el hecho de que se hubiera enfrentado al pueblo español tuvo también un impacto muy negativo en el prestigio político del Emperador tanto en Europa como dentro de Francia. El gran historiador francés Sarramon afirma al respecto: “De hecho, la evolución del Primer Imperio estuvo fuertemente influida por la Península Ibérica. En primer lugar, desde el punto de vista moral, el prestigio del Emperador sufrió como consecuencia de los acontecimientos de Bayona un profundo menoscabo a los ojos, no solo de toda Europa, sino también en el ánimo de sus soldados, muchos de los cuales se dieron cuenta repentinamente de que su soberano ya no defendía allí una

causa francesa, sino unos designios imperialistas que estaban lejos de corresponder con su ideal de libertad nacido de la Revolución francesa. La inmoralidad, la injusticia, la villanía de este asunto estuvieron tan patentes que su consecuencia hubo de ser la derrota; Napoleón mismo así lo admitió.” Así lo recoge Las Cases: “Enfoqué mal el asunto ese, lo confieso; la inmoralidad debió resultar demasiado patente; la injusticia sobrado cínica, y todo ello harto malo, puesto que he sucumbido...”ⁱⁱ

La derrota de Bailén tuvo un impacto inmediato en los pueblos europeos y en sus monarcas. El gran sistema de poder que con tanta habilidad había construido Napoleón, empezó a resquebrajarse. El general barón Thiebault lo describe en sus memorias de la siguiente manera: “¡Después de Bailén y Portugal, el prestigio de nuestra invencibilidad estaba destruido! El odio había producido deseo de venganza por toda Europa.”ⁱⁱⁱ

Inglaterra había acudido a la Península para sostener la llama insurreccional, mientras extendía sus tentáculos diplomáticos contra el trono imperial de Bonaparte. Austria empezaba a dar señales de oponerse de nuevo a los designios napoleónicos. El Emperador se vio obligado a convocar a Erfurt al Zar Alejandro para reafirmar los compromisos de amistad y alianza que habían sido refrendados en Tilsit. La conferencia que allí tuvo lugar se extendió desde finales de septiembre hasta mediados de octubre de 1808 y garantizó a Napoleón la paz en Alemania durante el siguiente invierno para poder transferir a España una parte importante de su *Grande Armée* y llevar a cabo una campaña decisiva.

Sin embargo, Austria emplearía la ausencia en Centro Europa de Napoleón y de buena parte de sus fuerzas para prepararse de nuevo para la guerra. La

insurrección española mostró igualmente el camino a otros pueblos bajo el yugo napoleónico. El ejemplo cundió en el Tirol y en distintos puntos de Alemania.

La victoria de Bailén había transformado también el panorama español convirtiendo el impulso insurreccional en una guerra nacional. Dicha guerra tuvo dos aspectos: una lucha convencional de batallas y sitios, llevada a cabo por fuerzas militares más o menos organizadas, y una guerra de guerrillas, expresión de la lucha nacional en los territorios ocupados. Ambos aspectos se dieron a la vez y sin que se pueda trazar una clara línea diferenciadora. Ambos modos de guerra estuvieron influidos por el fenómeno insurreccional: inicialmente el pueblo se sumó a las fuerzas regulares tanto para las batallas como en los sitios, posteriormente la dimensión insurreccional se fue focalizando en lo que tradicionalmente se ha conocido como la “guerrilla”. Ésta fue un fenómeno complejo y diverso que se caracterizó más por el modo irregular de combate que por que la procedencia de las fuerzas fuera estrictamente civil y mientras que las fuerzas convencionales tanto españolas como aliadas pasaron por diversos altibajos, las fuerzas guerrilleras fueron creciendo progresivamente tanto en tamaño como en capacidad combativa.

Desde muy pronto las autoridades políticas y militares de la causa patriótica se preocuparon de promover y regular las partidas y cuadrillas. El 6 de junio de 1808 la Junta Suprema de Gobierno de España e Indias (la Junta de Sevilla) al declarar la guerra a Napoleón instaba al pueblo a tomar las armas diciendo lo siguiente: “y mandamos a todos los españoles que obren con aquellos hostilmente y les hagan todo el daño posible según las leyes de la guerra”, aconsejando “evitar acciones generales”; acometer al enemigo por medio de “partidas sueltas”; no dejarlos descansar un momento; estar siempre sobre “sus flancos y retaguardia”; fatigarlos

con el hambre, interceptando sus convoyes y destruyendo sus almacenes; “cortarles toda comunicación” entre España y Francia.

Tras la entrada de Napoleón en España y la derrota de los ejércitos españoles, la Junta Central publicó el primer “Reglamento de Partidas y Cuadrillas”, fechado el 28 de diciembre de 1808. Cuando el reglamento se publicó ya existían incipientes partidas. La disposición legal intentaba por una parte fomentarlas y por otra sujetarlas a unas normas en las que lo militar predominase. Al mismo tiempo se pretendía también que su acción no interfiriera la de las fuerzas regulares y que unos previsibles excesos –que de hecho ya se habían producido en algunos casos– no llegasen a causar daños que no compensasen los resultados positivos. Se trataba de formar partidas y cuadrillas que contribuyeran a la seguridad de la patria, introduciendo “el terror y la consternación” en las fuerzas enemigas. En el preámbulo se afirma: “la España abunda en sujetos dotados de un valor extraordinario”, un valor que está vivificado por un odio contra un tirano que intenta subyugar a España “por los medios más inicuos”. Además de ofrecer a los hombres valerosos la posibilidad de “inmortalizar sus nombres con hechos heroicos dignos de eterna fama”, se les incentivaba con el botín que apresaran al enemigo. Éste se regulaba con una minuciosidad que muestra la importancia que se le concedía.

En aquella fase de la guerra la insurrección tuvo también un impacto negativo en el ejército convencional español, generando un gran desorden y fomentando la indisciplina. Sin embargo, desde el principio tuvo también una gran importancia moral al crear un abismo entre las fuerzas ocupantes y el pueblo español.

Tercera fase (mapa 5):

Para recuperar el prestigio perdido Napoleón decidió dirigirse en persona a España para aplastar al ejército español e imponer de nuevo su autoridad. Con la situación en Centro Europa temporalmente restablecida, el Emperador se puso al mando de sus tropas y lanzó una ofensiva fulminante. Esta fue la primera vez que integró una dimensión anti-insurreccional en su estrategia operativa. Si en 1805 y 1806-07 su *Grande Armée* de 200.000 hombres había sido suficiente para enfrentarse a los ejércitos de Austria y Rusia y de Prusia y Rusia respectivamente, a finales del otoño de 1808 éste reunió en el territorio español 250.000 soldados; la insurrección generalizada requería una fuerza mayor a pesar de que la combinación de las fuerzas convencionales españolas y la relativamente reducida fuerza británica no podía ser comparada con la de los enormes ejércitos a los que el Emperador se había enfrentado en las campañas anteriores.

No obstante, no modificó el modelo operativo general que caracterizó a todas sus campañas precedentes: ofensiva rápida–batalla decisiva–ocupación de la capital. En palabras de Napoleón: “¡terminaré la guerra con un solo golpe!” Necesitaba un ejército mayor porque la existencia de muchos focos insurreccionales requería emplear simultáneamente otras fuerzas contra los territorios a retaguardia y en los flancos del avance hacia Madrid.

El Emperador estuvo acertado en su diseño operativo inicial pero se equivocó al pensar que una vez los ejércitos españoles derrotados (noviembre de 1808), Madrid conquistado (diciembre de 1808) y los británicos embarcados (enero de 1809) la situación estaba ya prácticamente dominada (mapa 6) y podía volverse a París: sus subordinados debían acabar la campaña en unos meses ocupando el

resto de los territorios peninsulares. Pero la insurrección, como los incendios forestales, debe ser combatida de forma sistemática hasta su extinción; es la evolución del fuego y no el plan de la brigada contraincendios la que establece los plazos.

Ciertamente Napoleón no tenía otra opción pues sabía que debía aplastar rápidamente la resistencia española para poder preparar la campaña austriaca de primavera. Además, desde la perspectiva convencional todo hacía pensar que España sucumbiría como lo habían hecho todos los enemigos anteriores.^{iv}

El Emperador se equivocó igualmente al pensar que podía someter España por medio de la fuerza bruta y permitiendo que sus ejércitos expoliaran el país, ignorando que los movimientos insurreccionales reciben mayor apoyo de la población cuanto mayor es también el sufrimiento popular a causa de la ocupación. Como todo el mundo sabe ahora el centro de gravedad en la guerra insurreccional es el control de la población.

Hoy podemos concluir que Napoleón como consecuencia de su escasa experiencia y nulo tiempo de estudio en lo relativo a la guerra insurreccional carecía de una comprensión profunda de su lógica y que por entonces, a principios de 1809, todavía no era consciente de la importancia estratégica clave que ésta estaba adquiriendo en España. Además, el progresivo endiosamiento le impedía igualmente aceptar que gente insignificante y una nación a la que despreciaba –una nación de campesinos y frailes, decía- pudieran reclamar una gran atención por su parte.

En 1797 el general Bonaparte había afirmado: “Hay muchos buenos generales en Europa, no obstante éstos ven demasiadas cosas a la vez. Yo solo veo

una cosa, las masas. Focalizo mi esfuerzo en destruirlas, porque estoy seguro que todo lo demás caerá pronto”.^v Este principio perdió su validez cuando en España la guerra desarrolló una dimensión insurreccional muy significativa. A principio de 1809, después de las desastrosas derrotas de noviembre del año anterior, los ejércitos españoles fueron puestos de nuevo en pie, algunas ciudades importantes, como Zaragoza y Gerona, resistieron al precio de enormes bajas y destrucción, y elementos de la población junto con algunos soldados dispersos (conocidos como “guerrilleros”) continuaron combatiendo en las zonas ocupadas.

Como consecuencia de la combinación de aquellos esfuerzos y de la retirada de algunas fuerzas imperiales, que fueron dirigidas contra Austria, la ofensiva de las tropas imperiales en España fue detenida. En abril, Gran Bretaña pudo enviar una fuerza expedicionaria a la Península, una nueva coalición se enfrentaba a Napoleón en Europa Central y el pueblo español renovaba sus esperanzas, lo que reforzó y dio ánimos a la resistencia patriótica.

Una y otra vez los ejércitos españoles buscaron otra victoria como la de Bailén, hasta que en noviembre de 1809 sufrieron las desastrosas derrotas de Ocaña y Alba de Tormes, donde los núcleos principales de las fuerzas convencionales fueron aniquilados.

Gracias al hecho de que los cuerpos de ejército imperiales se tuvieran que concentrar frente a los ejércitos españoles, y ocasionalmente también frente a las fuerzas de Wellington, en la retaguardia, que mantenía un grado de ocupación de fuerzas francesas bastante bajo, empezaron a proliferar las guerrillas y las juntas patrióticas, las cuales disputaban a la autoridad napoleónica el control de extensas zonas rurales.

En medio de aquel torbellino de acontecimientos hubo dos regiones que tuvieron especial relevancia en el desarrollo de la lucha insurreccional: Cataluña y Galicia.

Cataluña (mapa 7), encajonada entre los Pirineos y el mar y con una orografía tortuosa, no permitía las maniobras de un importante ejército español, además, los recursos locales difícilmente le habrían permitido su subsistencia, de modo que allí solo se podía encontrar un cuerpo regular bastante ligero, apoyado por la resistencia popular local y aprovisionado por mar en hombres, armas, municiones y víveres. Al ser Cataluña además una región fronteriza se habían organizado para su defensa los cuerpos de milicias de migueletes y somatenes, cuerpos que habían adquirido gran experiencia durante la Guerra de los Pirineos (1793-95). La existencia de dichas fuerzas permitió canalizar desde el principio el impulso insurreccional de un modo mucho más ordenado y eficaz que en el resto de España.

Los caprichos de la geografía hacían igualmente de Cataluña un teatro de operaciones difícil para las tropas imperiales. Desde los primeros días de guerra, en la primavera de 1808, estas fuerzas ocupaban dos plazas: la primera, Figueras, les aseguraba una entrada cómoda desde Perpiñán; la segunda, Barcelona, tenía una gran importancia política y sobre todo psicológica, ya que se trataba de la capital del Principado. Pero, desde el punto de vista militar, la ocupación de esta gran ciudad constituía una carga para los jefes franceses que debían asegurar las comunicaciones entre Perpiñán y Barcelona, de manera que se pudiera aprovisionar esta ciudad, que incluso en tiempo de paz nunca había podido vivir de los escasos recursos de la provincia.

La flota inglesa disponía de la supremacía naval, y no podía plantearse que llegaran convoyes por alta mar, lo que sólo dejaba a los franceses dos posibilidades: el cabotaje o los convoyes terrestres. Para asegurar el primer modo de transporte habían llevado a cabo el sitio de Rosas, tomado las islas Medas y ocupado temporalmente los puntos esenciales de la costa; pero los vientos, las tormentas, el corsario aliado y la falta de pequeños buques, constituían otras tantas dificultades más o menos permanentes.

Para poder conducir convoyes terrestres, los generales de Napoleón habían conquistado Gerona y después Hostalrich, lo que les costó mucho tiempo y enormes bajas. Con ello, no obstante, no habían asegurado un paso seguro de los convoyes, que eran atacados por los somatenes y migueletes en los distintos estrangulamientos de la ruta, por lo que los convoyes solo podían seguir su marcha con la escolta de al menos una división. Las tropas regulares españolas, advertidas de los preparativos enemigos, venían en general a esperar los convoyes entre San Celoni y Granollers, en el desfiladero de Trentapassos.

Como un convoy por dicha ruta no podía conducir víveres para más de dos meses, como además la concentración de un convoy de esa importancia en los alrededores de Gerona y a partir de mercancías venidas de Francia, exigía alrededor de tres semanas y como la ida y vuelta de Gerona a Barcelona llevaba unos diez días, se puede constatar que el general en jefe francés apenas disponía de tiempo sobrante más allá de la apremiante misión de aprovisionar la capital.

Dadas aquellas circunstancias, y muy especialmente las condiciones de un terreno muy favorable a la insurrección, la combinación de un reducido contingente

convencional y de unas activas fuerzas insurrectas paralizaba a una numerosa fuerza ocupante que apenas dominaba una pequeña porción costera de Cataluña.

En el caso gallego, tras la incursión de los cuerpos napoleónicos en el reino de León en persecución de la fuerza expedicionaria británica de Moore, en la primera quincena de febrero de 1809, el ejército de la Izquierda al mando del marqués de la Romana se había retirado a la provincia de Orense. Allí comenzó a engrosar de nuevo sus filas -hasta los 9.000 hombres- con la incorporación de muchos dispersos y el reclutamiento de los hombres útiles de dieciséis a cuarenta años, ordenado en los pueblos del contorno. Deseoso de entrar nuevamente en acción, el general en jefe solicitó a la Junta Central dinero, armamento y municiones para equipar a los hombres, sin obtener resultados positivos. Las autoridades locales insurrectas acudieron al jefe del ejército de la Izquierda para pedirle armas y apoyo militar. No obstante como no disponía de medios que pudiera entregarles, exhortó a las autoridades de la región a extremar la resistencia contra el invasor por sus propios medios, dejando para ello sin efecto la orden de incorporación de más hombres para su ejército.

En ese momento podemos considerar que el marqués de la Romana tomó la decisión de cambiar su modo de operar y llevar a cabo lo que se ha denominado una estrategia fabiana. Mientras la Junta Central y los demás generales en jefe de los ejércitos españoles todavía seguían intentando un segundo Bailén, él empezó a operar de una manera distinta que fomentó en una fecha temprana la lucha guerrillera en una región que habría de ser clave en los siguientes años y que le permitió preservar, aún en condiciones muy precarias, una fuerza convencional que operaría en los años siguientes junto a la frontera con Portugal. Sus continuos

desplazamientos para evitar presentar batalla le valieron además que el pueblo le llamara “el marqués de las Romerías”.

Las características de su modelo de operar se resumen en los siguientes puntos: a) evitar un enfrentamiento del núcleo principal de su fuerza con la del enemigo, desplazándose de unos lugares a otros; b) combatir en acciones parciales, en condiciones favorables, que fueran desgastando al enemigo; c) promover la creación de fuerzas insurreccionales por todo el territorio que obligara a la fuerza enemiga a dispersar numerosas tropas por toda la región; d) no unir sus fuerzas regulares a las insurrectas; e) enviar a las fuerzas insurrectas pequeños destacamentos, al mando de algunos de sus oficiales, con el fin de dar algo más de consistencia a las acciones del paisanaje.

La región gallega, montañosa, cubierta de bosque y con una pobre red de carreteras, no apta para el movimiento de grandes cuerpos militares, favoreció enormemente el éxito de la lucha llevada a cabo por los patriotas españoles en dicha región, hasta el extremo de obtener éstos algunos éxitos parciales importantes como la reconquista de Vigo a las fuerzas ocupantes o la victoria en la batalla del puente de Sampayo y conseguir que al cabo de cinco meses las tropas imperiales tuvieran que abandonar aquella región, en la que no volvieron a entrar. La combinación de fuerzas convencionales e insurrectas demostró en Galicia una eficacia enorme siendo el primer lugar donde la guerrilla tuvo una contribución de primer orden en la Guerra de la Independencia. En el resto del territorio español, con la excepción de Cataluña ya citada, la guerrilla empezaría a tener un papel más relevante a partir de finales de 1809 tras las grandes derrotas del ejército convencional español en las batallas de Ocaña y Alba de Tormes.

Cuarta fase (mapa 8):

Una vez que Napoleón había derrotado a los austriacos de nuevo en Wagram (6 de julio de 1809) y concertado una paz con Austria (14 de octubre), éste debía haber dedicado todas sus energías a la pacificación de España; pero no lo hizo. Su matrimonio con María Luisa de Austria absorbió buena parte de su atención. Parece que inicialmente había planeado venir de nuevo en persona a España pero cambió de opinión y organizó una campaña de primavera de 1810 al mando de Massena, un mariscal con una espléndida hoja de servicios y gran experiencia al frente de fuerzas independientes. Aunque se llevaran a cabo diversas operaciones en España, el esfuerzo principal y el foco estratégico se centraba en eliminar la presencia militar británica de la Península: derrotándola o expulsándola al mar.

Napoleón había reconocido que la existencia de fuerzas insurreccionales tenía un impacto relevante en las operaciones; en aquella ocasión debía cambiar su modo tradicional de operar: antes de que se pudiera lanzar la ofensiva decisiva, debían consolidarse los flancos y limpiar de guerrillas las líneas principales de comunicaciones. El enfoque era puramente militar, su estrategia anti-insurreccional carecía de dimensión política, pero por primera vez en el designio estratégico napoleónico, la velocidad –su arma más valiosa- había de ser sacrificada al control previo de la retaguardia. Pero de nuevo el ritmo de las operaciones, incluso uno más lento, fue determinado por las necesidades operativas convencionales y no por los resultados obtenidos en las operaciones anti-insurreccionales.

Se enviaron refuerzos imperiales a la Península. En total las fuerzas presentes ascenderían a unos 350.000 hombres. En el eje Irún-Burgos- Salamanca-Coímbra-Lisboa 140.000 combatientes franceses debían enfrentarse a la fuerza

aliada de Wellington, unos 55.000 hombres, a las milicias portuguesas, al débil ejército de Galicia y a las fuerzas insurreccionales españolas de la retaguardia. Otra fuerza de unos 40.000 hombres del ejército imperial de Andalucía debía estar preparada para acudir en apoyo de Massena atacando desde Sevilla en dirección a Badajoz, amenazando de ese modo Lisboa desde Extremadura.

Inicialmente en los territorios ocupados del Norte de España había desplegados unos 20.000 soldados imperiales que solo dominaban las ciudades y los puestos de la línea de comunicaciones, cediendo el campo a las guerrillas. El 8.º cuerpo, con unos 30.000 hombres, empezó a entrar en España en diciembre de 1809. Dicha gran unidad estaba asignada al Ejército de Portugal bajo mando directo de Massena. Antes de alcanzar la provincia de León donde debía conquistar la fortaleza de Astorga, sus divisiones debían combatir a las guerrillas del País Vasco, Navarra y Catilla la Vieja. A finales de febrero dichas tropas tomaron la ruta de León, dejando la responsabilidad de combatir la insurrección al 9.º cuerpo de Drouet D'Erlon con sus 20.000 hombres que por entonces acababa de entrar en España. Dicho cuerpo permaneció en aquellas provincias hasta principios de octubre, cuando marchó hacia Salamanca y Ciudad Rodrigo con la misión de apoyar a Massena. Otros 30.000 combatientes cruzaron la frontera durante la primera mitad de 1810 para ir a reunirse con sus regimientos y durante el tránsito eran retenidos por un tiempo y utilizados para combatir a las guerrillas. Algunas unidades fueron retenidas por grandes espacios de tiempo. El Norte de España fue además reforzado de modo permanente por las dos divisiones de la Joven Guardia, 15.000 hombres, que empezaron a llegar en marzo, y por los 20 escuadrones de la Gendarmería Imperial, 4.000 hombres en total, todos ellos veteranos y escogidos. A dichos gendarmes se

les asignó inicialmente el control de las vías de comunicación y la vigilancia de las zonas rurales.

En Septiembre de 1810, 60.000 hombres cruzaron la frontera Portuguesa a las órdenes de Massena, el resto de los 140.000 combatientes de que disponía en aquella dirección el ejército imperial tuvo que quedarse cubriendo la retaguardia y los flancos del avance.

Parte de aquellas fuerzas tenían que suministrar las guarniciones de las ciudades y de las etapas sobre la línea de comunicaciones y otras eran utilizadas para enviar columnas para perseguir y cercar a las guerrillas. Dichas columnas debían marchar a diferentes lugares para conseguir alimentos y dinero para el mantenimiento del ejército y para el sostenimiento de la administración imperial. Las autoridades locales españolas eran amenazadas y forzadas a proveer información. Los correos y destacamentos que marchaban por las vías de comunicación debían ser escoltados tanto a la ida como a la vuelta. Todas aquellas operaciones resultaban agotadoras y peligrosas.

Un año antes estas medidas habrían dado mejores resultados, pero tal como reconoce el general Roguet –que mandaba una división de la Joven Guardia- en sus memorias: “Nos encontramos en la Península, al rey José y a los mariscales ya cansados de demasiadas vicisitudes, descontentos los unos de los otros; bandas que habían adquirido audacia en torno a ejércitos regulares más compactos; los ingleses sólidamente establecidos al oeste; por todas partes falta de unidad de acción; las provincias españolas diversamente administradas, pero casi todas hostiles. (...) En la época en la que yo llegué, la insurrección, animada por demasiados éxitos, estaba completamente organizada en la Península. Los

españoles útiles, reunidos en bandas, inquietaban incesantemente nuestros ejércitos y sus comunicaciones. Los viejos, las mujeres y los niños espiaban nuestras operaciones con la despreocupación aparente y la perseverancia que solo tiene ese pueblo; por todas partes las bandas encontraban víveres, refugio, apoyo y reclutamiento. La política nos aconsejaba considerar las guerrillas como brigantes (bandidos), hablar de ellas con indiferencia desde el punto de vista militar. Hoy hay que comprender lo que hizo ese pueblo (...) él quería resistir a la influencia extranjera. (...) En la Península se contará de generación en generación lo que simples paisanos pueden realizar por su nación. Por nuestra parte, con demasiada frecuencia, la naturaleza de aquella guerra llevó, contra nuestro deseo, a represalias deplorables. (...) Puede ser que hubiera 300 partidas entre Pamplona, Burgos, Vitoria y Soria; era difícil purgar el país a causa de la implicación de las autoridades. No debíamos esperar ninguna información, no obstante, la relación mejoró, aunque nadie nos quería.”^{vi}

Todas las fuerzas desplegadas en el Norte de España y todos los esfuerzos dedicados a suprimir la insurrección fracasaron en su intento de pacificar la retaguardia. Solo el centro del Valle del Duero fue limpiado de guerrillas, y esto fue debido a que la población vivía concentrada en grandes poblaciones y a la presencia de 5.000 jinetes de la excelente caballería imperial. Se mantuvieron abiertas las líneas de comunicaciones, pero solamente hasta Salamanca. El 9º cuerpo de Drouet no fue suficiente para cubrir el enorme vacío entre Salamanca y Torres Vedras, lo que hizo que Massena se encontrara aislado y sin apoyo frente a Lisboa.

Las guerrillas locales pasaron grandes apuros como consecuencia del acoso de las columnas, pero la falta de coordinación y de continuidad de las operaciones

imperiales permitió a la insurgencia sobrevivir o rehacerse después de cada ataque. De hecho el resultado fue el contrario del deseado: las partidas más débiles e inadaptadas fueron eliminadas junto con algunos elementos valiosos, pero lo que quedó se había agrupado bajo los mejores cabecillas, las guerrillas habían aprendido a combatir y habían consolidado su autoridad y prestigio en sus territorios.

A finales de 1810 la insurgencia era significativamente más fuerte que un año antes y la retaguardia absorbía numerosas tropas y recursos que se necesitaban en otros lugares. Los líderes que dominaban la escena insurreccional del Norte en aquellas fechas –Espoz y Mina, el Cura Merino, el Charro, Porlier, Longa, el Pastor,...- permanecieron en sus puestos hasta el final de la guerra y se convirtieron en los héroes del pueblo.

La guerra fue combatida por ambas partes con una crueldad increíble. Las guerrillas montaban emboscadas al paso de los destacamentos franceses, los convoyes logísticos eran asaltados, las columnas eran tiroteadas a su paso, los soldados aislados eran degollados y en general las tropas imperiales solo estaban seguras cuando se encontraban en sus guarniciones o cuando marchaban en grandes formaciones. La sensación de odio y de peligro permanente creaba un estado casi psicótico entre muchos de los soldados franceses lo que tenía un impacto negativo en la moral de las tropas y deterioraba las relaciones entre los mariscales y generales. La incapacidad de los altos mandos militares franceses para cooperar y coordinar sus operaciones se convirtió en una de las principales desventajas del esfuerzo imperial en la Península. No es necesario añadir igualmente que el constante acoso guerrillero complicó seriamente el desarrollo de la guerra convencional a las fuerzas militares imperiales.

Quinta fase (mapa 9):

Todas las dificultades que las tropas imperiales estaban padeciendo en la retaguardia y sobre la línea de comunicaciones obligó a Napoleón a diseñar una nueva estrategia que se opusiera más eficazmente a las fuerzas insurreccionales. En enero de 1811 creó un nuevo ejército para coordinar todas las fuerzas imperiales en el norte de España. Como jefe del ejército Imperial de Norte fue designado el mariscal Bessieres. Dicho mariscal fue una buena elección por ser un hombre experimentado, inteligente y no ser el tipo de generales que creían que todo podía conseguirse a punta de bayoneta, pero para entonces la situación ya se había deteriorado demasiado y no contaba con fuerzas suficientes para un territorio tan extenso.

El territorio que este ejército se hallaba encargado de ocupar comprendía las provincias de Navarra (3.º Gobierno militar), las provincias vascas -incluida la "Montaña" de Santander- (4.º Gobierno militar), las provincias de Burgos, Logroño y Soria (5.º Gobierno militar), las de Valladolid, León y Zamora (6.º Gobierno militar), la de Salamanca (7.º Gobierno militar) y, por último, Asturias. Se trataba de una considerable porción de la Península, pues representaba algo más de un sexto de la superficie de España (alrededor de 85.000 km² de los 491.258 que tiene la España continental). Algunas distancias que separan los puntos extremos ocupados por el Ejército del Norte, dan una idea del territorio en cuestión: de Sangüesa (Navarra) a Grado (Asturias) 400 km. en distancia reducida; de Soria a Astorga 310 km; de Irún a Salamanca 400 km; de Gijón a Salamanca 250 km.

Además de la ocupación del conjunto de aquellas provincias, otras misiones que le suponían una gran preocupación fueron confiadas a dicho mando y en

particular: a) la vigilancia de 330 kilómetros de costa (en distancia reducida), desde Avilés (Asturias) a Pajares; b) la protección de la principal vía de comunicación de los ejércitos imperiales en España, Irún - Madrid, a lo largo de 400 kilómetros, es decir, hasta más allá de Olmedo, así como de las vías de comunicación de San Juan de Pie de Puerto a Tudela con el Ejército de Aragón y de Valladolid a Ciudad Rodrigo con el Ejército de Portugal; c) la cobertura de Asturias y del reino de León contra las incursiones de las tropas regulares de Galicia y de los portugueses de Tras os Montes; d) y por último, contribuir con refuerzos al ejército de Portugal cuando éste fuera amenazado por Wellington.

Para ocupar aquella inmensa zona y cumplir unas misiones tan diversas como de gran responsabilidad, el duque de Istria sólo disponía el 1 de junio de 1811 de cincuenta mil hombres: dichos efectivos comprendían las tropas sedentarias de ocupación propiamente dichas que agrupaban unos veinte mil hombres, las fuerzas encargadas de vigilar Galicia y el norte de Portugal (divisiones Bonet, 8.000 hombres, y Seras, 5.000 hombres) y finalmente la reserva constituida por la Joven Guardia.

Al verse obligado a enviar tropas hacia el oeste tanto contra el ejército de Galicia como contra los aliados anglo-portugueses de Wellington, Bessieres se veía forzado a abandonar parte de sus guarniciones y a debilitar su presencia por todas partes. La insurgencia aprovechaba estas oportunidades para castigar a los colaboradores. La población aprendió la lección y cada vez le resultaba más difícil a las fuerzas ocupantes obtener cualquier tipo de apoyo por parte de los españoles.

La retirada de Massena de Portugal, la victoria aliada en Fuentes de Oñoro y los éxitos patrióticos en Asturias y Astorga dieron nuevas esperanzas a la población

española que empezó a incrementar las filas de las guerrillas. Nuevos focos insurreccionales aparecieron en lugares anteriormente bajo dominio imperial.

Al reconocer tanto las autoridades patrióticas como los británicos la importancia que las guerrillas estaban adquiriendo, habían empezado a suministrar importantes cantidades de armamento, munición y cuadros de mando para reforzar y potenciar a las fuerzas insurrectas (mapa 10). Se creó además el 7.º ejército para coordinar y dar más consistencia a dicho esfuerzo, encuadrando a las partidas guerrilleras del norte en cinco divisiones híbridas. Las guerrillas, más o menos uniformadas y regimentadas, empezaron a crear problemas más serios a las fuerzas de ocupación. El combate en la retaguardia se volvió más intenso, las guarniciones más pequeñas y desprotegidas tuvieron que ser abandonadas para concentrar las tropas en las principales poblaciones y los puntos de mayor interés estratégico; los franceses empezaron a perder progresivamente el control de las provincias del norte.

Las guarniciones de la retaguardia, siempre escasas de tropas y extenuadas por las continuas marchas en todas las direcciones, retenían los refuerzos que cruzando su territorio se dirigían a los otros ejércitos. El centro de gravedad del ejército imperial del Norte que debía estar cerca de la frontera portuguesa, para reaccionar frente a Wellington en apoyo del ejército imperial de Portugal, se fue desplazando hacia la frontera francesa. El cuartel general de dicho ejército del Norte inicialmente en Valladolid se desplazó a Burgos y posteriormente se situaría en Vitoria.

De nuevo se enviaron refuerzos a España en un renovado intento de resolver el espinoso asunto español, pero la dificultad de forzar a Wellington a presentar

batalla y los problemas logísticos imperiales, que se derivaban de operara en las estériles y poco pobladas regiones fronterizas, obligaron a Napoleón a modificar de nuevo su estrategia en la Península.

Solamente en una región española las fuerzas imperiales habían conseguido dominar a la insurrección y pacificar el territorio. A mediados de 1811 Aragón se encontraba completamente conquistado desde el punto de vista militar, las únicas zonas pasajeramente incomodadas eran las regiones excéntricas, allí donde operaban las partidas guerrilleras. Éstas se establecieron por lo general en las regiones montañosas que rodean la región y hacían incursiones en los límites de la parte rica del Reino tanto para recolectar víveres como para amenazar a las pequeñas guarniciones imperiales o para atacar a los pequeños destacamentos dedicados a recoger contribuciones, grano o ganado. Por el contrario, en el interior de Aragón reinaba la calma y los almacenes del ejército eran aprovisionados con regularidad por las entregas de los municipios. Dichas entregas eran pagadas puntualmente gracias al producto de las contribuciones. Los soldados, alimentados y pagados, respetaban los bienes de la gente. Además, los aragoneses, lejos de huir de sus pueblos al acercarse las columnas imperiales, trabajaban normalmente, las tierras estaban cultivadas y los convoyes iban de un punto a otro sin escolta. La actividad económica de la región permitía un holgado sostenimiento del ejército y la pacificación impuesta por dichas tropas permitía un normal desarrollo de la economía.

Esta situación fue debida a las extraordinarias cualidades del general Suchet, militar hábil y afortunado que poseía, entre otras, tales cualidades de administrador que no solamente sus soldados no carecían de nada –cosa rara en la Península-

sino que incluso la población de las regiones ocupadas no sufría demasiado –lo que era verdaderamente una excepción-. En mayo de 1809 había tomado el mando del 3^{er} cuerpo formado por tropas mal organizadas y de mediocre calidad, que además salían del infierno del Sitio de Zaragoza. Tuvo que hacer inmediatamente frente al ataque del ejército del general Blake, y después de las derrotas iniciales, fue capaz de rechazarle en junio gracias a las victorias de María y de Belchite. Esto le dio unos meses de respiro que dedicó a la ocupación de la región, a la organización de la administración y a la preparación de sus tropas. Una vez obtenidos los recursos que le permitían operar con sus tropas sin tener que utilizar requisas ni tomar nada por la fuerza, dirigió a sus fuerzas de forma sucesiva para ir pacificando las comarcas circundantes donde operaban las guerrillas. A su vez manteniendo en la periferia de las zonas pacificadas las fuerzas suficientes para impedir que la insurrección pudiera volver de nuevo a los lugares ya pacificados y siendo implacable en la persecución y destrucción de las guerrillas allí donde estas se manifestaban. Solamente cuando la retaguardia había quedado completamente pacificada éste inició operaciones convencionales, haciendo pausas entre campaña y campaña para no permitir que largas ausencias de su territorio le hicieran perder el control del mismo y para emprender la siguiente campaña con todos los preparativos perfectamente organizados.

Sexta fase (mapa 11):

En septiembre de 1811 el Emperador cambió el esfuerzo principal de su estrategia operativa en la Península: la toma de Valencia se convertiría en su objetivo principal. Por primera vez Napoleón utilizó una aproximación indirecta en

sus operaciones. Esta vez no era el elemento más fuerte, ni las masas enemigas hacia donde el Emperador se dirigía para destruirlo. ¡La guerra no se decidiría en un solo golpe! Esta vez se debía alcanzar primero un objetivo secundario y se había de atacar igualmente la dimensión moral, la voluntad de seguir luchando. La conquistando Valencia dañaría seriamente a las guerrillas del Este de España.

Valencia era el principal cuartel general patriótico en el Este de España y la ciudad más activa y determinada en la lucha nacional. Las fuerzas insurrectas de la mitad Este de España, incluyendo las de Navarra, dependían del apoyo que llegaba desde Valencia. Napoleón pensaba correctamente que la conquista de dicha ciudad daría un formidable golpe material y moral a la resistencia patriótica, permitiendo a la vez cerrar el frente este de la Península.

El mariscal Bessieres ya se lo había indicado al Emperador: “La pacificación de la Península ya no depende de una batalla contra los ingleses. Si éstos son los más fuertes, la ofrecerán o la aceptarán, en condiciones de igualdad, la rehuirán, y con mayor razón si son más débiles. No realizarán incursiones en la llanura, y si la pierden, tienen Portugal para retirarse. Y en Portugal en todo momento saben que su seguridad está en sus navíos. (...) Todo el mundo está de acuerdo en que nuestras fuerzas se hallan demasiado desanimadas. Ocupamos un territorio excesivo y malgastamos nuestros medios sin provecho ni necesidad. Nos aferramos a quimeras. Cádiz y Badajoz se tragarán todos nuestros recursos: Cádiz porque no será conquistada y Badajoz porque exige un ejército para sostenerla. (...) Solo dominamos la costa hasta Barcelona y Vera. ¡Valencia es el almacén de todos los insurgentes del norte y del centro y nosotros sitiemos Cádiz!”.^{vii}

Una vez conquistada Valencia sería muy fácil reducir lo que pudiera quedar en la región de Murcia. Eliminado el frente del Este, las fuerzas imperiales podrían concentrarse en el Oeste y acabar la guerra, incluso si algunas fuerzas hubieran de retirarse de la Península para ser dirigidas hacia el Este de Europa.

Para llevar a cabo la conquista de Valencia, que fue encomendada a Suchet, todos los ejércitos imperiales recibieron la orden de enviar contingentes hacia el este en apoyo de dicha maniobra. Pero una maniobra tan simple en apariencia como desplazar tropas por territorio ocupado resultó mucho más compleja debido a la ubicuidad de las fuerzas insurrectas (mapa 12). El ataque a Valencia fue retrasado varios meses. Una división no se podía mover hasta que otra hubiera ocupado antes las guarniciones de su área de responsabilidad. Los refuerzos del ejército imperial del Norte que se dirigían a Valencia, al cruzar Aragón fueron atacados por las fuerzas guerrilleras de Navarra (Espoz y Mina), Soria (Durán) y Guadalajara (El Empecinado), sufriendo cerca de 3.000 bajas. En otros lugares la sola presencia de las fuerzas insurrectas bastaba para inmovilizar y dispersar numerosas tropas. Cuando Valencia por fin se rindió en enero de 1812, ya era demasiado tarde para explotar el éxito. Ese mismo mes muchas tropas empezaron a abandonar España para dirigirse a Rusia.

Algunas semanas suplementarias hubieran sido suficientes para eliminar por completo el frente patriótico del Este. Pero debido a la acumulación de retrasos Murcia y Alicante quedaron en manos españolas. La última oportunidad de Napoleón para dominar España se le había esfumado por muy poco tiempo.

El espíritu de rebeldía español tuvo también consecuencias estratégicas lejos de la Península. El Zar de Rusia había llegado a la conclusión de que si España, un

reino pequeño comparado con el suyo, podía resistir a Napoleón, Rusia mucho más grande, alejada y con un invierno largo y extremo lo tendría más fácil. Todo lo que debía hacer el ejército ruso era retirarse ante el avance imperial para atraer tras de sí a su enemigo a la trampa invernal.

Séptima fase (mapa 13):

Tras la conquista de Valencia Napoleón había estado muy cerca de la dominación de España, pero había desviado su atención y su esfuerzo hacia el Este antes de haber tenido tiempo para concluir su proyecto. Es evidente que en 1812 el Emperador había descartado toda posibilidad de concluir rápidamente la Guerra de España, todo lo que esperaba de su hermano José y de sus generales es que sostuvieran la situación hasta que su *Grande Armée* volviera de Rusia. Después, ya se dedicaría de nuevo al asunto español. Mientras tanto no se podía hacer otra cosa para oponerse con eficacia a la insurrección que esperar a la vuelta victoriosa de Napoleón.

Ciertamente el golpe a la resistencia patriótica había sido enorme tras la caída de Valencia, pero al no haber eliminado completamente el frente convencional del Este, las tropas imperiales se vieron obligadas a permanecer en un despliegue excesivamente extendido en un momento en que además se reducía el volumen de las fuerzas. Los ejércitos imperiales siendo más débiles en todas partes dieron nuevas oportunidades por toda España tanto a las fuerzas convencionales aliadas como a las insurrectas.

La retirada de fuerzas imperiales de España dio nuevas esperanzas a la causa patriótica y compensó moralmente el impacto negativo de la pérdida de Valencia. Los recursos enviados al 7.º ejército español durante el verano de 1812 dio un nuevo impulso a la insurrección en el Norte de España. La presencia de la flota inglesa en las aguas del cantábrico permitió la toma de algunas guarniciones costeras. La artillería desembarcada por los navíos permitió también que se atacaran guarniciones fortificadas del interior. La situación de las tropas de ocupación en aquella región se deterioró rápidamente.

La presencia de Suchet y de una buena parte de sus tropas en Valencia permitió a la insurrección aragonesa ir ganando terreno. En Cataluña las fuerzas insurrectas habían jugado un papel clave para la recuperación del impulso patriótico en el Principado tras la caída de Tarragona. Por todas partes la población se volvía más hostil a los franceses. La línea de comunicaciones entre Madrid e Irún se encontraba interrumpida en varios puntos. Se necesitaba una brigada completa para mantener abierta por un tiempo la ruta principal de modo que la correspondencia imperial pudiera alcanzar la capital de España.

Las operaciones convencionales llevadas a cabo por las tropas de Wellington habían obligado a los franceses a abandonar Andalucía, lo que no obstante reforzó la posición de estos últimos, al concentrar más sus fuerzas. Pero cuando el nuevo año de 1813 se presentaba con un cierto grado de equilibrio, llegó la noticia del desastre sufrido por Napoleón en Rusia.

Octava fase (mapa 14):

Incluso tras una derrota tan dramática, el Emperador fue capaz de reconstruir un ejército y dirigirse de nuevo con él hacia Europa Central en la primavera de 1813, para presentar de nuevo batalla. El ejército imperial en España tuvo que ser reducido de nuevo para enviar unidades y cuadros de mando a Francia con objeto de reclutar nuevas tropas.

Napoleón debía haber buscado la paz con España o al menos haberse retirado hasta una posición fuerte tras el Ebro, pero no podía permitirse un tal signo de debilidad de cara a los príncipes alemanes que todavía estaban de su lado. En tales circunstancias, a la espera de que Wellington pasara a la ofensiva en primavera, la prioridad de Napoleón en España era aprovechar el invierno para frenar el progreso de la insurrección en el Norte (Navarra, País Vasco y Santander). Mientras tanto se debía también concentrar las tropas en un territorio más reducido y transferir el Cuartel General imperial de Madrid a Valladolid.

Para combatir a las divisiones guerrilleras del Norte, los 20.000 infantes del ejército imperial de Portugal debían dirigirse desde la frontera de Portugal hasta cerca de la frontera con Francia para unirse a los 35.000 hombres del ejército imperial del Norte al mando de Clauzel. Una vez reunida una potente masa de maniobra, ésta debía dividirse en dos: una parte debía dirigirse a la costa para reconquistar Castro Urdiales y Bermeo, la otra debía avanzar hasta Navarra para perseguir y destruir a las fuerzas de Espoz y Mina, recuperando el control de dicha región. Cuatro meses, de enero a abril, estaban disponibles para dichas operaciones. En mayo, con el reverdecer del campo, esencial para poder alimentar a los numerosos caballos de su ejército, se esperaba que Wellington pasara a la

ofensiva. Para entonces las divisiones del ejército de Portugal debían estar de vuelta para oponerse al avance aliado.

La noticia de la derrota en Rusia y de la retirada de suelo patrio de fuerzas ocupantes levantaron la moral de la población. Renovadas esperanzas compensaron el cansancio acumulado de la guerra y la insurrección adquirió nuevos bríos, aunque el ejército convencional español, dividido por razones políticas y escaso de medios, apenas aprovecharía las nuevas oportunidades que se le presentaban. La clave estratégica a principios de 1813 estaba en quién ganaría la batalla por el control de Norte, el tiempo era el factor clave.

El 4 de enero el Emperador dictó las primeras instrucciones, pero los despachos no llegaron a Madrid hasta el 16 de febrero. Todo un mes había sido perdido como consecuencia de que las vías de comunicación estaban interrumpidas por las fuerzas patrióticas entre Vitoria y Burgos.

Para poder enviar las divisiones del ejército de Portugal hasta Burgos, donde estas debían reunirse, primero debía reordenarse el despliegue de los ejércitos imperiales que cubrían los frentes Oeste y Sur. Esta operación requería una compleja coordinación entre los cuarteles generales imperiales en España. Las malas relaciones entre los mandos militares franceses, la dificultad de enviar ordenes y despachos a través de un país infectado de guerrillas, así como la necesidad de esperar a que la nueva gran unidad ocupara sólidamente la demarcación propia antes de poder partir para el nuevo destino, retrasaron el inicio de la ofensiva contra las fuerzas insurrectas del Norte otros dos meses.

Si la primera división del ejército de Portugal llegó a Burgos a mediados de marzo, otras dos a principios de abril y la última el 23 de dicho mes, no fue hasta el 1 de mayo cuando se desencadenó la ofensiva. Era demasiado tarde (mapa 15); Wellington cruzó la frontera portuguesa el 22 de mayo –con cierto retraso también por lo tardío de las lluvias de aquella primavera- y las divisiones del ejército de Portugal estaban en plena acción y a 500 kilómetros de distancia.

Con grandes dificultades el rey José pudo concentrar sus fuerzas al norte del Duero, esperando a que se le uniera Clauzel con sus divisiones y las del ejército de Portugal para presentar batalla. Pero Clauzel no llegaba y José tuvo que retirarse de una posición a la siguiente, cediendo cada vez más territorio a sus enemigos y estableciéndose finalmente en la Llanada Alavesa (mapa 16).

Normalmente el ejército que avanza se debilita y el que retrocede sobre sus bases se refuerza, por ir dejando el primero fuerzas y recursos logísticos atrás y marchar hacia terreno que el enemigo domina, mientras que el segundo se acerca a sus reservas y depósitos, combatiendo sobre un terreno que previamente ha estado en su poder y tener por ello mejor información. Sin embargo, en esta gran ofensiva de Wellington no se dio esta circunstancia: el ejército aliado compensaba los hombres que iba dejando atrás con las nuevas fuerzas españolas de origen guerrillero que iba encontrando sobre la marcha, mientras estas mismas fuerzas, más o menos regimentadas, le mantenían informado de todo lo que sucedía en la profundidad del despliegue enemigo, permitiéndole incluso adelantar a miembros de su cuartel general para estudiar y preparar las rutas de marcha. Los franceses, por el contrario, no podían destacar, con toda su eficacia, su pantalla de caballería distribuida en pequeños destacamentos en toda la extensión del frente, por el peligro

de que éstos fueran aniquilados por las diversas partidas españolas. Mientras vigilaban a la fuerza principal que venía de una dirección, tenían que estar pendientes de todas las demás y tampoco podían mantener un sistema fluido y fiable de informes y despachos por la misma amenaza guerrillera. En consecuencia, mientras Wellington en su avance contaba con diversos multiplicadores de fuerza, su adversario francés encontraba multiplicada la fricción asociada a toda campaña militar.

Cuando Wellington llegó a las llanuras próximas a Vitoria para enfrentarse en una batalla decisiva a su adversario el 21 de junio, de las cuatro divisiones del ejército de Portugal y de las dos del del Norte solo una se había unido al rey José. Las fuerzas guerrilleras habían impedido que los ejércitos imperiales enlazaran entre sí y supieran cada uno de la posición del otro, también habían obligado a que un cierto número de unidades permanecieran en las guarniciones para mantener, aunque precariamente, el control del territorio todavía en su poder.

Tras la batalla de Vitoria la dominación militar de España por parte de Napoleón había llegado a su fin. De nuevo el éxito se le había esfumado por no finalizar las operaciones a tiempo. El maestro en hacer que el tiempo jugara a su favor en las campañas convencionales resultó ser demasiado impaciente para adaptarse a los ritmos de la guerra insurreccional.

Cuadro resumen:

Evolución de la estrategia anti-insurreccional de Napoleón en la Guerra de la Independencia (1807-14)			
Fase	Plan de Napoleón	Ejecución	Reacción patriótica
1	Ninguno	Ninguna	Ninguna
2	En caso de revuelta: represión ejemplarizante	Los franceses perdieron el control de la situación que evolucionó de forma inesperada	La guerra se convirtió en una guerra nacional
3	Modo tradicional de operar empleando una fuerza más numerosa	Napoleón derrotó a los ejércitos y ocupó Madrid pero tuvo que abandonar España demasiado pronto	Los ejércitos fueron reconstruidos y la guerrilla apareció en todas las regiones ocupadas
4	Primero limpiar la retaguardia de guerrillas , después atacar a Wellington	Las operaciones no fueron coordinadas ni la retaguardia quedó pacificada antes de atacar a Wellington	Las guerrillas sobrevivieron y salieron reforzadas, aparecieron líderes sólidos
5	Se creó el ejército del Norte para coordinar las fuerzas de la Región	La situación estaba demasiado deteriorada y las fuerzas resultaban insuficientes	Se creó el 7.º ejército que dio consistencia a las fuerzas insurrectas
6	¡Valencia!, Aproximación indirecta, golpe material y moral a la insurrección	La Campaña de Rusia impidió que se pudiera explotar el éxito de la toma de Valencia	La resistencia patriótica se salvó por la campana.
7	Defensiva a la espera del retorno de Napoleón	Las fuerzas imperiales se extendieron demasiado	La insurrección se hizo con el control de lugares estratégicos
8	Emplear el invierno para destruir a las guerrillas del Norte, después volverse contra Wellington	Cada uno de los pasos fue retardado por la insurrección generalizada y la falta de entendimiento entre los mandos franceses	La insurrección actuó como multiplicador de fuerzas para los aliados y multiplicó la fricción para los franceses

Conclusiones (lecciones aprendidas):

A) La Guerra de la Independencia demostró que disponer de una estrategia adecuada que considere e integre desde su inicio un componente anti-insurreccional resulta esencial para poder tener éxito en las operaciones anti-insurreccionales que se puedan desarrollar durante una guerra. El diseño estratégico global, donde se integran los componentes políticos, militares, psicológicos, económicos... es la clave del éxito en aquellas guerras donde está presente un importante componente de lucha insurreccional. ¡Esta es la primera y más importante de todas las lecciones aprendidas! Al no disponer inicialmente la estrategia napoleónica en la Península de una dimensión anti-insurreccional, el Emperador no se benefició de las ventajas tanto de llevar la iniciativa como de la desorganización de su oponente. Cuando empezó a prestar atención a los problemas que las guerrillas les estaban creando a sus ejércitos y a su política, ya era demasiado tarde; las fuerzas insurrectas habían echado raíces, se habían ido adaptando a las circunstancias y habían aprendido a luchar. Posteriormente Napoleón fue tomando medidas acertadas (limpieza de las líneas de comunicación, creación del ejército imperial de Norte, conquista de Valencia), pero siempre como reacción a los progresos de la insurrección; su estrategia fue por tanto reactiva y falta de la una esencial anticipación a las circunstancias que en el conflicto se pudieran desarrollar. No es difícil encontrar similitudes con lo ocurrido tanto en Irak como en Afganistán, donde el volumen inicial de fuerzas en la fase de pacificación era inadecuado y donde faltó en los primeros momentos una adecuada estrategia anti-insurreccional; cuando posteriormente se rectificó la estrategia y se integró una dimensión anti-insurreccional, ya era

demasiado tarde o se obtuvieron unos resultados mucho más pobres que los que se habrían obtenido poniendo en práctica dichas estrategias desde el principio.

B) Se puede afirmar que la Guerra de la Independencia hizo más daño moral que estrictamente militar a Napoleón. No obstante el daño moral fue crucial debido a que su imperio se sustentaba sobre la base de su prestigio militar, su imagen de liberador y modernizador en lo político y sobre la creencia de que era imposible resistirse a sus designios estratégicos (mito de invencibilidad). La existencia de insurrección en una guerra refuerza la importancia de la dimensión moral y psicológica y del mismo modo que ocurrió en Rusia y Alemania, la insurrección gana muchas batallas lejos del lugar donde ésta hunde sus raíces.

C) Como se ha afirmado en el texto, la caída de Napoleón estuvo muy influenciada por no haber reconocido a tiempo la naturaleza de la guerra que estaba combatiendo en la Península. Cuando éste decidió adueñarse de España ya se había intoxicado con sus éxitos. Sus muchas asombrosas campañas victoriosas, su habilidad para explotarlas en términos políticos y para rediseñar las fronteras de Europa a su antojo, le llevaron a despreciar a soberanos y ministros e incluso ejércitos; resultó fatal que despreciara también a los pueblos. Debido a su orgullo indomable su propia psicología rechazaba la idea de aceptar a débiles oponentes militares como actores estratégicos relevantes. Consecuentemente, su poderoso pensamiento estratégico no incorporó una adecuada dimensión anti-insurreccional. Hoy en día el mundo occidental tiene una arrogancia inconsciente en relación al resto del mundo que dificulta la evaluación del valor estratégico de su oponente cuando éste presenta un grado de desarrollo muy inferior o tiene una concepción del mundo y de la vida radicalmente diferente.

D) El comportamiento opresivo de sus tropas con la población local y las necesidades logísticas de unos ejércitos que habían de vivir sobre el terreno hicieron muy difícil, si no imposible, que se desarrollara una acción política que ganara el apoyo -o al menos la aceptación- del pueblo español. Algunos sucesos acaecidos en Irak y Afganistán, como lo ocurrido en la cárcel de Abu Graib, los excesivos daños colaterales u otros escándalos, siguen poniendo de relieve la extrema importancia de no ganarse enemigos con acciones que indignan legítimamente a la población local.

E) Napoleón fue un genio en la guerra convencional y su ejército mostró una clara supremacía sobre los de sus oponentes. Sin embargo su impaciencia le impidió mostrar maestría alguna en el ámbito de la guerra anti-insurreccional. Las democracias modernas son igualmente impacientes, lo que las debilita también al tener que combatir en este tipo de conflictos. La mayoría los actores insurreccionales a los que occidente se enfrenta o pudiera enfrentarse, aunque sean mucho más pobres en medios, tienen otro concepto del tiempo, mucho más laxo, lo que juega claramente a su favor.

F) Todos los historiadores reconocen que la falta de unidad de acción, tanto convencional como anti-insurreccional, fue una vulnerabilidad decisiva para la causa napoleónica en la Península. Hoy en día las coaliciones internacionales están faltas de unidad de acción y los estados participantes presentan excesivas singularidades (caveats) para enfrentarse con verdaderas garantías de éxito a un enemigo anti-insurreccional.

G) El caso de la pacificación de Aragón por parte de las tropas de Suchet merece una atención especial, por haber sido Aragón además la región en la que, con

motivo de los sitios de Zaragoza, la insurrección había alcanzado las más altas cotas de pasión anti-francesa. La clave de su éxito fue: primero, disciplinar y organizar su ejército de modo que éste nunca pudiera suponer una carga para la población; segundo, dar gran prioridad a la administración económica y política del territorio de modo que se restituyera lo antes posible el modo de vida de la población; tercero, no operar convencionalmente hasta haber pacificado la retaguardia y asegurado el orden. Con ello Suchet demostró que si se respetan las condiciones de vida de la población y se protege a la población de toda influencia de las fuerzas insurrectas, ésta termina aceptando a las fuerzas ocupantes indistintamente de las simpatías que sienta hacia ellas.

H) Las fuerzas insurrectas no dejaron de crecer a lo largo de toda la guerra. Además fue el hecho de que se las atacara lo que sacó a las partidas guerrilleras de un estado primario de anarquía, donde no eran infrecuentes los enfrentamientos entre las bandas. Allí donde las guerrillas fueron atacadas sin ser destruidas éstas salieron reforzadas, produciéndose una dinámica de selección natural: sobreviviendo los mejores, cayendo los peores y agrupándose las partidas bajo los mejores líderes. Aquellos cabecillas que sobrevivieron se rodearon además del aura del que sale victorioso contra un enemigo poderoso. Todo esto puso de manifiesto que cuando se combate a una fuerza insurrecta se debe procurar su completa destrucción, y si tal cosa no es posible, es mejor aceptar objetivos menos ambiciosos o cambiar el diseño operacional, que realizar acciones menos resolutivas. En cualquier caso, contando con la tendencia de las fuerzas insurrectas a rivalizar entre sí, se deben buscar fórmulas que hagan que dicho fenómeno juegue a favor de la estrategia anti-insurreccional.

I) Una circunstancia que hizo un daño enorme a la pretensión de las fuerzas imperiales de conseguir el control de la población local española, fue el hecho de que se vieran obligadas a retirarse temporalmente de una región, como consecuencia de las necesidades de las operaciones convencionales, para después volver de nuevo. Las fuerzas insurrectas aprovechaban dichos lapsos de tiempo para castigar a los colaboracionistas y la población se hacía cada vez más reacia a cualquier tipo de apoyo a la causa imperial. Es pues evidente que en una guerra anti-insurreccional se debe mantener el principio de nunca dejar a un territorio ya pacificado en la estacada, y es mejor dominar una porción menor del territorio que ganar territorio dominado al precio de idas y venidas o de un nivel de seguridad de la población más bajo.

J) Como demuestran los casos de Cataluña y Galicia la mayor eficacia en la guerra insurreccional se da cuando se combinan las acciones de fuerzas convencionales e insurrectas.

K) Como demuestra también el caso catalán la insurrección es mucho más eficaz cuando existen estructuras previas, previstas para estructurar el impulso insurreccional si se produce una guerra.

L) El terreno y la distribución de la población jugó un papel primordial para el desarrollo y la eficacia de las guerrillas. Siendo éstas más eficaces allí donde el terreno era abrupto y la población vivía dispersa y menos en lugares donde la población vivía concentrada en grandes poblaciones, fáciles de controlar con una pequeña guarnición, o en las grandes llanuras, donde la caballería hacía estragos en las partidas. El terreno y el modo de distribución de la población son factores clave para el diseño de las operaciones anti-insurreccionales.

i LAS CASES, “Mémorial de Sainte Hélène”, París, 1842, t. I, p. 693.

ii LAS CASES, “Mémorial de Sainte Hélène”, París, 1842, t. I, p. 532.

iii THIEBAULT, “Mémoires du Général Baron Thiébault”, Le livre Chez vous, Paris, 2007.

iv The West Point Military History Series, “The Wars of Napoleon” Thomas E. Griess , Series Editor, p. 90.

v DELBRÜCK, Hans, “Geschichte der Kriegkunst”, Berlin, 1900-1920, v. IV, p. 496.

vi ROGUET, Lieutenant Général Comte, “Mémoires Militaires”, t. 4º, Librairie Militaire, París, 1865.

vii Correspondencia de Bessieres a Berthier, del 6 de junio, AHG. C⁸ 73 y BELMAS, v. I, p. 560, citado por Sarramon, obra inédita.